

FOLLARI, Roberto. **Posmodernidad, filosofía y crisis política**, Buenos Aires, Aique - Rei, 1993, 93 p.

El texto de Roberto Follari que comentamos consiste en una recopilación sistemática de artículos acerca de las transformaciones y desplazamientos que la incidencia de lo posmoderno ha producido sobre los campos tanto de la filosofía como de la política.

Desde la posición teórica construida en un libro previo, *Modernidad y posmodernidad, una óptica desde América Latina*, publicado hace algunos años, el autor se sitúa ante los desafíos conceptuales y prácticos que esta nueva condición provoca. Efectivamente la primera parte del escrito, formada por tres artículos, «Poder y verdad», «La restauración racionalista o el miedo a la intemperie», e «Interdisciplina y dialéctica, acerca de un malentendido», trata acerca de cuestiones de índole filosófica.

Es a partir de la tesis de que la actividad teórica está estrechamente ligada a la praxis que Follari lee los síntomas políticos provocados por la reconfiguración de las prácticas habidas al interior de esta no tan nueva, pero sin duda polémica condición: la posmodernidad. Así desfilan ante nuestros ojos los problemas más urgentes a los que, irónicamente, los intelectuales acerca de cuyo final Follari habla, deberíamos responder: la reconversión de la política, la democracia como forma de legitimación de la dominación en América Latina, y la cultura de la imagen como reconfiguración de las condiciones de constitución del sujeto y del sentido en nuestras sociedades.

La tesis que articula y recorre el libro es la de que nos hallamos ante una nueva condición, la posmoderna, que ha producido una fuerte redefinición del campo de decibilidad y visibilidad que durante siglos había constituido el

horizonte del discurso filosófico. Asumido que no sólo se trata de un problema conceptual, decidible al interior de las diferentes tradiciones teóricas de las ciencias sociales o de la filosofía misma, la posmodernidad nos ubica ante un conjunto no menor de desafíos. Ni bache superable, ni moda intelectual, lo posmoderno ha de ser abordado tanto en su faz teórica como práctico-política.

Follari traza una cartografía complicada de itinerarios segmentados que pueden leerse a la luz de dos pautas que van marcando el sentido de su recorrido, a saber, la necesidad de determinación de lo posmoderno, y los procesos de articulación-desarticulación entre teoría y praxis.

En el artículo «Poder y verdad» la cuestión gira en torno del desligamiento de dos aspectos constitutivos de la modernidad: la legitimación discursivo racional del ejercicio del poder político, y la exigencia de un espacio social de producción de esos discursos, el campo intelectual, poblado de filósofos y grandes teóricos.

El largo proceso que iría de las totalizaciones monumentales al pragmatismo contemporáneo, que relega al conocimiento como fuente de legitimidad, es seguido por Follari a través de los investimentos diferenciales atribuidos a los intelectuales. Desde los maestros del pensamiento a los grandes señores de la teoría, como Lacan y Althusser, el texto discurre señalando cortes epocales y anécdotas. Así, la década de los '80 no sólo está marcada por la aproximación a las ciencias sociales, sino por los avatares personales de aquellos en quienes encarnara el trabajo intelectual. Excurso curioso del texto, Follari argumenta que se trata de dar cuenta de la carnadura concreta de cada gran teoría.

La idea ilustrada de la justificación del ejercicio del poder por la verdad hallaría en la filosofía hegeliana una formulación ejemplar. De allí el interés en seguir el proceso de deconstrucción del idealismo alemán. Si para Hegel todo lo real era racional en cuanto proceso histórico de autoconstitución conocimiento del Espíritu Absoluto, la fuerte unidad, teóricamente argumentada, entre razón y poder, produciría un conjunto de efectos, que si bien diferenciales, desembocaron en la crisis actual de la razón y en el agostamiento del encadenamiento entre poder y verdad.

Por una parte la racionalidad se reduce al campo empírico de las ciencias físico - naturales en el discurso formalizante de los empiristas; por la otra desemboca en la crítica al proyecto de la razón instrumental en Heidegger y los franckfurtianos.

El desasimiento entre política y verdad produce un doble efecto: por una

parte la restricción de la razón a procedimiento instrumental genera la equiparación entre eficacia y racionalidad. En adelante la palabra autorizada no será la de los intelectuales, sino la de los técnicos; por la otra los discursos críticos, desvinculados del campo de la política podrán recluirse en los márgenes, pero no producir un fundamento para el ejercicio del poder.

El segundo artículo, «La restauración racionalista... » es un texto fuertemente polémico. No se trata de una excepción, dado que si algo caracteriza la escritura del autor y confiere una cierta unidad al libro es precisamente la pasión polémica que lo atraviesa. Pasión que conlleva, por una parte, la ventaja de la definición, pero que implica riesgos, como el exceso de proximidad, planteado en la p. 27 entre la posición de los franckfurtianos y Heidegger; aproximación discutible, puesto que ambas posiciones se construyeron al interior de tradiciones teóricas y políticas antagónicas. Finalmente la de Heidegger es una crítica conservadora que marcha titubeante hacia la recuperación de un tiempo premoderno, el de la nostalgia *volkisch*.

La tesis según la cual la posmodernidad constituye un cambio en cuanto a las condiciones de experiencia y de apelación a la razón es defendida ahora a partir de la asunción del carácter históricamente determinado de toda crítica. La reducción de la problemática de la crisis de la razón a cuestiones exclusivamente conceptuales produce una forma abstracta e indeterminada de negación de la crisis de la modernidad. Por eso la existencia de un «lugar Habermas», lugar desde el cual la posmodernidad en bloque es identificada con una forma de irracionalismo que ha de dar lugar a la restauración de la razón. Follari indica con agudeza los espacios teóricos de negación de la condición posmoderna para nuestra América, el esencialismo telurista y el racionalismo, indicando sus estrategias.

A partir de la asunción de que son las condiciones materiales las que han producido tanto la idea moderna de razón como su crisis, se apela a un discurso histórica y socialmente determinado como lugar de producción de una negación crítica respecto de lo dado sin despeñarse en la supresión imaginaria de las condiciones históricas y sociales que han desembocado en este tiempo de incertidumbres. Algo más que un bache, la posmodernidad implicaría para el autor un tiempo *cool* en el cual la idea de futuro se ha desfondado. Si los proyectos retornaran serían menos ingenuos, menos modernos, en pocas palabras, lo harían bajo otros términos.

En este punto habría que formular algunas precisiones acerca del lugar desde el cual la vigencia de lo posmoderno se argumenta. Si bien inevitablemente, como Follari indica, los proyectos que puedan formularse lo harán bajo

formato posmoderno, marcados por ese «proceso objetivo y transpersonal» que implica «una recomposición orgánica de las formas sociales de relacionarse y significar» (p. 68), es bueno recordar que la forma paradójica bajo la cual la posmodernidad nos constituye contiene tanto el «narcisismo *cool*» como la «dura imposición de la economía a secas». De allí la necesidad de apelar a algunas herramientas conceptuales de la modernidad, a saber su capacidad de negación y crítica respecto de lo real dado, la persecución obstinada de nuevos sueños aun después de las derrotas. Algo así como apelar a la utopía a fin de socavar los límites de la nueva totalidad instaurada.

El esfuerzo de Follari por determinar con cuidado las condiciones de enunciación del discurso crítico deriva, en el tercer artículo, hacia la cuestión de la interdisciplina. El entremezclamiento de ambas problemáticas obedece a razones de índole histórica: la apelación a la interdisciplina como lugar de recomposición de la unidad de las ciencias constituyó un tópico común del discurso en la década de los '70.

Sin embargo interdisciplina y dialéctica conforman dos espacios teóricos claramente diferenciados. La cuestión de lo interdisciplinar -ampliamente trabajada por el autor en otros textos, entre ellos *Interdisciplinariedad. Los avatares de una ideología-* remite a problemas inherentes al trabajo científico: relaciones entre disciplinas, entre teorías al interior de un campo disciplinar y relación entre teoría y aplicación tecnológica. El insensible deslizamiento desde los argumentos de la eficacia técnica a la unidad teórica ha producido dificultades que se patentizan en la pretendida proximidad entre dialéctica e interdisciplina.

La dialéctica es, en sentido estricto, el modo propuesto por la teoría marxista, de lectura de la conflictividad social en relación con la posibilidad de producir / guiar prácticas transformadoras. La categoría de totalidad, clave de la lectura dialéctica de la sociedad no constituye en modo alguno algo equiparable al «todo» recompuesto de la interdisciplinariedad.

La reubicación de las especificidades permite advertir que no ha de ser por la interdisciplina que lograremos la producción de transformaciones sociales. Su espacio corresponde al de la teoría, y a las intervenciones técnicas sobre aspectos particulares de la sociedad. La posibilidad de articular una respuesta crítica a las condiciones materiales de existencia requiere de la dialéctica, no sólo por razones de urgencia política, sino por razones conceptuales.

La fragmentación de la crítica en este tiempo paradójico, en el cual la apelación a la deconstrucción obtura la percepción de las tendencias unifica-

doras y totalizantes del capitalismo a nivel mundial, ha contribuido en no pequeña medida a la reclusión de la teoría en los márgenes de la política. La posibilidad de articular teoría y praxis se viabiliza entonces a través del retorno a una dialéctica inacabada y crítica capaz de operar como negación determinada desde el punto de vista de la totalidad.

En la segunda parte del libro el autor pone en juego las herramientas construidas en procura de producir un discurso crítico a propósito de las contingencias políticas y sociales existentes en nuestros países a partir de la recuperación de la democracia.

Tanto «Reconversión de la política» como «Dominación y legitimación democrática en América Latina» procuran una lectura de las transformaciones operadas. El rostro difuminado de lo posmoderno se inviste de formas concretas. El cambio en las reglas del juego político, no sólo implica una recomposición de las posiciones del radicalismo o del populismo peronista, sino una reconversión de las condiciones mismas de la participación. La noción de reconversión de la política constituye una eficaz herramienta para la interpretación de aquello que, de otro modo, sólo se nos ofrece bajo el signo de lo entremezclado y confuso, del pastiche posmoderno de la política - show. La reducción del espacio de la política y de su especificidad, la transformación de las reglas de juego, es comprensible a la luz de una perspectiva dialéctica y crítica que permite captar las condiciones bajo las cuales se juega hoy la articulación entre economía, política y cultura posmodernizada y massmediatizada.

Una determinación más se agrega en el artículo siguiente. El recorrido de Follari comienza en los tiempos auspiciosos (y no tan lejanos) en que la crisis de la modernidad era avizorada como la promesa de un tiempo crítico, menos disciplinante y más abierto a la diferencia y el acontecimiento; para desembocar en un diagnóstico apretado y certero sobre las condiciones actuales de reproducción del orden dominante, que requieren de la legitimación de la dominación por la democracia.

La condición posmoderna, efecto de la complejización social y de la primacía de los medios, se ha ligado en feliz maridaje con las nuevas políticas de dominación que permiten la construcción de un campo de significaciones que articula liberalismo - capitalismo y democracia, a la vez que opera una disociación entre lo político y lo económico excluyendo las demandas sociales del espectro del discurso democrático. Lo posmoderno cobra, una vez más, el perfil de la paradoja. Paradoja por la cual no es una simple astucia del capitalismo, pero le resulta funcional, pues instauro lo disperso y lo fragmen-

tario, a la vez que contribuye a la organización de un orden mundial uno, y al parecer inexpugnable.

Precisamente es la posmodernidad lo que ha puesto en el tapete la cultura de la imagen. El último artículo, «La comunicación como alternativa» sugiere una aproximación a la cuestión de la comunicación como espacio estratégico para la constitución de nuevas relaciones sociales. A diferencia de los artículos precedentes, donde la preocupación se centra en la determinación de las condiciones prácticas y teóricas de enunciación del propio discurso, así como en la construcción de una estrategia desde la cual argumentar la posición propia, o por la formulación de una interpretación respecto de las condiciones de ejercicio de la política; en éste se abre un pequeño espacio que podríamos llamar proyectivo. Las últimas páginas del libro están destinadas a la enunciación de un conjunto de propuestas, pequeños movimientos estratégicos, que tal vez puedan producir alguna ruptura en un horizonte que, hoy por hoy, sólo parece ofrecer la certeza de la perpetuación de lo dado.

En pocas palabras, los temas tratados en el texto pueden inscribirse dentro del campo de problemática inaugurado para la filosofía con la llamada crisis de la modernidad. Al interior de esta nueva condición, el autor procura la búsqueda de un lugar teórico que encuentra en la dialéctica la estrategia desde la cual conquistar, si no dudosas certezas, al menos el pivote para seguir ejerciendo este desprestigiado oficio crítico de intelectuales en tiempos de performatividad tecnocrática generalizada. Sitio ambiguo para un enunciador que abre su discurso hablando acerca de «el fin de los intelectuales».

Alejandra Ciriza